

Depresiones narcisistas en la neurosis

*Clara Uriarte**

Resumen

Continuando con una línea de trabajo de tiempo se plantean las relaciones entre narcisismo y depresión. Cuando los movimientos de estructuración primaria del narcisismo como espacio de enlaces hacia identificaciones secundarias adolecen de fallas, la elaboración intrapsíquica de la pérdida se ve impedida, sentándose las bases para una depresión futura.

En la construcción de la depresión se subraya como un aspecto a ser tenido en cuenta el hecho de que la estima que merece la imagen que uno tiene de si se construye en la intersubjetividad. Aquel niño que no se siente estimado y reconocido por su madre resultará dañado a nivel de su propia estima.

La ausencia del padre no sólo en la estructura psíquica de la madre sino en la realidad incide en los movimientos identificatemos y agrava la vulnerabilidad narcisista del niño.

Se estudia el predominio del yo ideal narcisista en los pacientes depresivos.

La nostalgia se describe como un afecto específico ligado a la herida narcisista provocada por la pérdida. En la nostalgia como anhelo de reencuentro con el pasado se inviste un objeto idealizado perdido pero a diferencia de lo que ocurre en la melancolía la sombra del objeto no cae sobre el yo.

* Miembro titular de la APU
Lord Ponsomby 2460 Montevideo Uruguay
E-mail: curiarte@uyweb.com.uy

Summary

The author establishes the links between narcissism and depression. When the movements of the primary structuration of the narcissism as a space of links towards secondary identifications fails, the psyche elaboration of the lost is not possible. The bases for a future depression is established.

In the depression construction it is highlighted as an aspect to be taken into account the fact that the esteem which deserves oneself image is made between the baby and his mother relationship. That child who does not feel he is estimated by his mother will be hurt at his self-esteem level.

The father absence nor only in the structure of the mother but in the reality affects the identificative movements and worses the narcissistic vulnerability of the child.

The nostalgia it is described as an specific affection linked to the narcissistic trauma provoked by the lost.

Descriptores: DEPRESIÓN / MELANCOLÍA / NARCISISMO / PERDIDA DEL OBJETO / YO IDEAL / TRAUMA PSÍQUICO TEMPRANO

Depresión-Melancolía.

La problemática de la pérdida

Freud ubica tempranamente (Manuscrito G) la vivencia depresiva como de origen interno sostenido por una explicación relevante donde surge la noción de sufrimiento.

El afecto que corresponde a la melancolía es aquel del duelo, es decir, la añoranza por el objeto perdido. Se trata en la melancolía de una pérdida la melancolía es un duelo provocado por una pérdida de libido ⁽⁷⁾.

El vacío que resulta provoca dolor por el empobrecimiento y hemorragia libidinal.

Por lo tanto para la melancolía asociada a otras formas indeterminadas o diversas de depresión es en el psiquismo donde se sitúa el agujero.

La elaboración sobre el narcisismo (1914) y la “agencia crítica” en un caso de paranoia (1914) preparan el terreno para *Duelo y Melancolía* (1917) obra fundamental acerca de la depresión.

En un plano si se quiere superficial, se trata de las semejanzas y las diferencias que se pueden establecer entre el proceso “normal” del duelo y el proceso “patológico” de la melancolía. En un plano más profundo aquello que trabaja Freud en realidad se centra en una serie de enigmas donde hace girar la *problemática de la pérdida*.

Ellos son el enigma de la autoagresión, del desprecio a sí mismo, de la repetición y finalmente del dolor.

Estos enigmas “clínicos” nacidos en los años 1895 en torno a las preguntas por el dolor depresivo poseen una función metodológica y heurística fundamental para Freud.

La palabra depresión es poco usada por Freud. En el Manuscrito B⁽⁷⁾ hace referencia a una “depresión periódica”, considerándola como una tercera forma de Neurosis de Angustia y que distingue de la melancolía por su relación con el trauma psíquico.

En los escritos siguientes y hasta el final de su obra la depresión, en un sentido amplio, posee un lugar que no queda totalmente clarificado desde el punto diferencial de la melancolía.

Por otra parte es conocido el continuo que establece Freud entre estados de normalidad y estructuras psicopatológicas.

En nuestros días se distinguen depresiones de estructura psicótica donde se ubica la melancolía y las depresiones en la esquizofrenia de aquellas depresiones de estructura neurótica. Otros autores describen depresiones en estructuras límites (Kernberg) y depresiones narcisistas (Garbarino). Este último autor plantea un duelo narcisista que denomina duelo por el yo donde lo que estaría en juego no es la pérdida de los ideales del yo sino del yo ideal.⁽¹⁵⁾

C. Mendilaharsu y Sélka A. de Mendilaharsu plantean una configuración narcisista en una parte del yo que daría cuenta de la depresión y atribuyen a la parte del yo situada fuera de esta organización la diferencia entre las depresiones psicóticas y las que no lo son.⁽²⁵⁾

Actualmente en el psicoanálisis las depresiones se ubican dentro del narcisismo, es decir, se admite un eje narcisista en todas ellas ya sean de estructura psicótica o no.

En las formas no psicóticas al término depresión se le asigna vacío, pesimismo, desesperanza, junto con los síntomas predominantes de la astenia, inhibición y sentimientos de inferioridad.

Notamos, entonces, que aquello que se encuentra en primer plano es el *displacer* bajo una forma indefinida y difícil de abordar.

Este existir doloroso está muchas veces encubierto bajo actuaciones sexuales, trastorno del carácter, síntomas psicósomáticos e hipocondríacos.

En cuanto a la *culpa* funciona como un elemento importante para trazar un distingo clínico entre las depresiones psicóticas y las que no lo son.

Ante la culpa persecutoria insistente y feroz, la indignidad y vergüenza del melancólico es posible constatar en las estructuras no psicóticas, aún cuando exista angustia y miedos persecutorios, la ausencia de una idea conciente de culpa.

La tesis de que la melancolía se diferencia de las otras formas de depresión basándose de que en estas la elección de objeto no ha sido de tipo narcisista puede resultar cuestionable.

En general se toma como factores determinantes para una diferenciación, la profundidad de la regresión y la extensión del proceso de disociación del yo.

A los fenómenos que absorben casi completamente al yo melancólico y destruyen su función de realidad es posible encontrar en las depresiones no psicóticas que el objeto y la relación con la realidad se mantiene aunque en forma debilitada.

Radó⁽²⁶⁾ hace referencia a una melancolía parcial del yo en las formas no psicóticas. Cuanto más se expande el proceso depresivo en el yo a expensas de las relaciones de objeto y la realidad más se acerca al estado de la neurosis narcisistas melancólicas.

Destacamos que la teoría freudiana sin dejar de reconocer la diferencia entre melancolía y depresión descubre para ambas un duelo imposible por el objeto materno.

Si la tristeza pasajera o el duelo, por un lado, y el estupor melancólico, por otro, difieren clínica y nosológicamente, se apoyan ambas en una intolerancia a la pérdida del objeto y aseguran una salida compensatoria en los variados grados de inercia y retracción en los cuales el sujeto se refugia en la inacción hasta parecer muertos o hasta la muerte misma.

Es posible hablar de depresión y de melancolía designando un conjunto melancólico-depresivo teniendo en cuenta en la construcción del modelo depresivo la experiencia común a la intolerancia a la pérdida de objeto.

Freud señala la elección de objeto narcisista en la melancolía (1914) y describe la identificación regresiva al objeto perdido de modo que el objeto ocupa un lugar en yo: la sombra del objeto cayó sobre el yo.⁽¹⁰⁾

Según la teoría psicoanalítica clásica (Freud, Abraham, Klein) la depresión esconde agresividad contra el objeto perdido y revela la ambivalencia del deprimido enfrentado al objeto de su duelo. Yo lo amo –parece decir el deprimido melancólico ante un ser querido perdido– pero más lo odio; lo quiero, pero para no perderlo lo instalo dentro de mí; como lo odio este otro en mí es un yo dañino, yo soy dañino, no soy nada, me mato.

La queja contra sí mismo será una queja contra otro y la muerte un disfraz trágico de la muerte de otro. Esta lógica supone un superyó severo y toda una compleja dialéctica de idealización y desvalorización de sí y del otro, reposando todo este movimiento sobre el mecanismo de la identificación.

Por identificarme con el otro amado-odiado instalo en mí esa parte que deviene juez tiránico a la vez que necesario, así como esa parte objeto que deseo liquidar.

El canibalismo melancólico que fuera señalado por Freud y Abraham aparece en numerosos sueños de deprimidos que traducen una pasión por tener dentro de la boca al otro no tolerado que quiero destruir.

A diferencia del acento puesto por Freud, Abraham, y M. Klein sobre la agresividad inconsciente dirigida por el sujeto contra el objeto desaparecido N. Abraham y M. Torok muestran como en la melancolía el objeto perdido es un objeto de amor privilegiado incorporado en una cripta.⁽³⁰⁾

Abraham K. fue el primero en introducir el concepto de una depresión primera que se desarrolla en la temprana niñez, en reacción a una lesión severa del narcisismo infantil a través de una combinación de desengaños de amor.⁽¹⁾

El desengaño primario se pensaba que ocurría en el último estadio oral-canibólico del desarrollo infantil y era concebido como una frustración oral. Las depresiones subsiguientes siguen el patrón establecido por el primero.

M. Klein apoyada en su teoría de las posiciones toma en cuenta una perturbación en la posición depresiva manteniéndose mecanismos esquizoparanoides. Destaca el clivaje y los mecanismos de identificación proyectiva con el predominio del sadismo oral, la envidia y las concomitantes dificultades en la reparación.⁽¹⁸⁾

E. Jacobson señala en la depresión los desengaños tempranos en el desarrollo del yo y del superyó del futuro depresivo: el yo infantil se ve abrumado y puede iniciarla formación del superyó en una época precoz. Así el superyó es dotado con la omnipotencia arcaica de las tempranas imágenes parentales, lo que explica la tensión entre un superyó muy severo y un yo sometido.⁽¹⁷⁾

Depresiones narcisistas en la neurosis

Fue sin duda la profundización en el estudio del narcisismo lo que permitió a los analistas de hoy una mejor aproximación a otras formas de depresión.

Fallas en la propia estima, incompletud narcisista e ideales tiránicos se presentan en la economía depresiva como rigurosamente complementarios.

Los sentimientos de tristeza, nostalgia, no esconden allí culpa por una venganza urdida en secreto contra un objeto ambivalente sino que resultan la expresión de una herida arcaica no simbolizada e innombrable que ha dejado como vestigio un yo herido y vacío.

En aquellas depresiones donde predomina, aún con fallas, una estructura neurótica, la persona no se considera lesionada o denigrada sino portadora de un defecto básico, de una carencia radical, efecto de una falla a nivel del narcisismo.

Nos enfrentamos a fallas estructurales en las identificaciones primarias, con un déficit a nivel de la investidura libidinal narcisista y una no clara diferenciación yo-otro.

En relación a los avatares del narcisismo en las identificaciones primarias J. García⁽¹⁶⁾ establece una distinción entre “posición narcisista” que implica el deseo de la madre y la identificación del hijo al falo de “estructura narcisista” (falla en la identificación primaria).

Quisiera detenerme brevemente para destacar el largo periplo identificatorio que debemos tener en cuenta para reflexionar en torno a la construcción de la depresión:

identificaciones primordiales, preedípicas y edípicas en un proceso que estructura al sujeto en sus vínculos reales y fantasmáticos.

Cabría distinguir una identificación primaria arcaica donde se es con la madre y ello es común para los dos sexos y una identificación primaria preedípica, *ser como el padre* tal como la plantea Freud en “Psicología de las Masas y Análisis del yo”. Allí describe como el varón se relaciona de manera distinta con ambos padres pero habla de investidura y no de elección. Se trata de estructura edípica pero no del complejo de Edipo donde lo central es el conflicto a partir de la amenaza de castración.

F. Schkolnik⁽²⁸⁾ al estudiar lo arcaico en las neurosis distingue dos tipos de vínculos, el dual preedípico pensando en el Edipo y desde el Edipo y lo dual arcaico marcado por un insuficiente discriminación con el otro.

Opino que ambas formas se hallan presentes en las depresiones narcisistas en las neurosis.

Cuando los movimientos de estructuración primaria del narcisismo, como espacio de enlaces hacia identificaciones más simbólicas (secundarias) se muestran insuficientes, la elaboración intrapsíquica de la pérdida se ve impedida sentándose las bases para una depresión futura.

Una pérdida incognoscible

Sabemos en todo ser humano del carácter ineluctable de la pérdida original lo cual hace que los reclamos de un paciente inscriptos en la vivencia de pérdida no se reduzcan a las consecuencias de una desaparición accidental, actual ni tampoco a experiencias del pasado infantil que pudieron haber dado lugar a una particular fragilidad narcisista.

El paciente deprimido narcisísticamente da la impresión de haber sido desheredado de un bien inenarrable, imposible de figurar que nos interroga acerca de la *naturaleza de este objeto y sobre la experiencia de pérdida misma.*

Freud tuvo la intuición en el Proyecto⁽⁷⁾ y más específicamente en lo que denomina el complejo del prójimo de ese remanente permanente e irreductible, de este “más allá” del reclamo del objeto ausente.¹

¹. La concepción que fundamenta esta denominación resulta fundamental para la lectura de textos ulteriores sobre el narcisismo, idealización y la depresión en todos sus registros.

El niño no logra en los “estadios precoces” producir sobre el mundo exterior las modificaciones que lo puedan satisfacer reduciendo las tensiones de excitación. Una persona segura, objeto real, a la vez necesario y contingente deberá entonces intervenir. Freud utiliza lo que llamamos el otro, el prójimo en el sentido de una idea de proximidad, contacto sensoriomotor y un apoyo empalico en un doble (que devendrá en el lenguaje del 1914 narcisismo primario).

Cuando señala que este complejo se divide en dos partes indica de un lado una fracción no asimilable al objeto (das Ding: la cosa), y no das Objekt, elección de palabra por parte de Freud que subraya la materialidad resistente del real externo.

La otra parte o elemento del complejo resulta no aislable de la primera, cuando el objeto grita, el sujeto recuerda sus propios gritos y revive sus propias experiencias dolorosas. Aquí interviene un trabajo de diferenciación, una forma primaria del juicio.

Lacan destaca de los textos freudianos este objeto fundamental, das Ding, la Cosa, como opuesto a los objetos sustitutivos y perdido de entrada para siempre... Das Ding como Fremde, como extranjero, y hostil a veces, en todo caso como el primer exterior es este objeto, das Ding en tanto Otro absoluto del sujeto que es lo que se trata de volver a encontrar... como mucho se lo vuelve a encontrar como nostalgia.⁽²¹⁾

Seguramente esto es lo que hace decir a J. Kristeva⁽²⁰⁾ que el deprimido se encuentra en duelo no por el objeto sino por la Cosa.

La palabra pérdida resulta cargada de connotaciones que admiten cierta imprecisión sobre la naturaleza y el lugar (interno o externo) de aquello perdido. El sentimiento que acompaña a la pérdida es de incertidumbre en relación al lugar y momento de desaparición del objeto.

Y justamente la expresión que emplea Freud en 1915 para referirse a la causa de las quejas melancólicas es de una *pérdida incognoscible* (unberkannt verlust): “El enfermo sabe a *quién* perdió pero no *lo que* perdió en él”.⁽¹⁰⁾

Es esta misma incertidumbre, muchas veces bajo forma masiva y espectacular, el motivo mismo de la demanda o de la queja del paciente cualquiera sea ésta.

Podemos entender este reclamo como una revuelta a todo aquello que represente la diferenciación, la individuación primera, pérdida originaria que implica un encaminarse a existir sin el otro.

Un afecto depresivo. La nostalgia

Nos habíamos referido a dos características de los afectos² depresivos, *su cualidad displacentera y su intensidad que determinan sufrimiento y dolor psíquico*.

En cuanto al sufrimiento corresponde señalar un tipo de sufrimiento traumático, no elaborativo propio de las depresiones graves (psicosis). Este deja en el psiquismo un agujero, un borramiento de toda huella de objeto. Todo acto de desinversión logrado no deja ninguna huella y conduce a la abolición, disolución, el borramiento definitivo de la representación de objeto.

En cuanto al otro tipo de sufrimiento es aquel ligado al investimento de objeto y se sufre por su pérdida. Es en ese sentido que escribía, “la pérdida condiciona el surgimiento de un estado donde el deseo se presenta como irrealizable en una búsqueda nostálgica de paz y sosiego”.⁽³¹⁾

Se trata del registro del sufrimiento neurótico y tiende a repetirse en la situación transferencial.

La nostalgia aparece, a mi modo de ver, como un afecto específico ligado a la herida narcisista provocada por la pérdida: nost-algia significa un dolor (algos) que regresa (nostos), y duele nuevamente.

En la nostalgia como anhelo de reencuentro con el pasado se inviste un objeto idealizado perdido pero a diferencia de lo que ocurre en la melancolía, la sombra del objeto no cae sobre el yo.

Ciertamente la nostalgia como el resto de la memoria y la fantasía puede padecer de una transformación sintomática portando la marca de la herida narcisista, de aquello irrepresentable que se repite.

Son varios los autores que han descrito una “enfermedad de la nostalgia” (Starowinski. Neyreaut) como expresión de vacío fetichizado, de afecto irrepresentable.

Gómez Mango investiga el trabajo psíquico de la inmigración en sus vertientes de pérdida y de problemática de la identidad introduciendo el concepto de objeto nostálgico, un objeto muerto vivo: no puede realmente vivir, pero no puede morir irreversiblemente.⁽¹⁵⁾

². Dentro de la comprensión metapsicológica de los afectos depresivos corresponde otorgar un primer lugar a las fallas estructurales en el yo y el superyó las peculiaridades del vivenciar depresivo, sin dejar de reconocer por ello los factores económicos en la regulación de los mismos.

Creemos posible destacar otra dimensión de la nostalgia signada por un retorno al pasado sin angustia y desesperanza y esto ocurre cuando el análisis ha logrado desarmar los lazos idealizados y persecutorios con los objetos infantiles haciendo posible el duelo.

Se trataría de un tiempo animado por una fuerza creativa con su registro nostálgico que surge como apertura, como evolución en los avatares de un análisis, de modo que tener pensamientos acerca de un ser entrañable ya perdido no será más el retorno incesante de un rostro o un gesto sino y, sobre todo, establecer en un discurso interior un diálogo con un interlocutor ausente.^(32, 33)

Un maestro del arte cinematográfico y de la nostalgia como F. Fellini describía la nostalgia como una dimensión interior, una atmósfera en la que el presente se hace más transparente y permite vivir el pasado en el presente, enriqueciéndolo. De ese modo la nostalgia se abre sobre el futuro.⁽²⁴⁾

Traumatismos tempranos. Las heridas al narcisismo

Sin duda el nacimiento marca un traumatismo de abandono que tiñe de vulnerabilidad narcisista el psiquismo infantil, un sentimiento de estar desprovisto que posee implicaciones depresivas evidentes.

Esta precariedad humana que dura toda la vida, fuente de inseguridad e inacabamiento afectivo, crea un asentamiento afectivo a los primeros objetos de amor en tanto es origen de un deseo de unión nunca saciado. M. Klein lo expresa de esta forma, “Por gratificador que sea, en el curso de la vida futura comunicar los propios pensamientos y sentimientos a alguien con quien se congenia, subsiste el anhelo insatisfecho de una comprensión sin palabras, en última instancia de algo similar a la primitiva relación que se tenía con la madre. Dicho anhelo contribuye al sentimiento de soledad y deriva de la experiencia depresiva de haber sufrido una pérdida irreparable”.⁽¹⁹⁾

El traumatismo vinculado al nacimiento posee la particularidad de que por su intensidad y precocidad no posibilita ninguna “experiencia” y su representación consecutiva.

Winnicott refiere a un estado inicial marcado por momentos aún más intensos que la angustia, momentos de *agonía primitiva*. Un estado de abandono ha tenido lugar pero no ha podido ser integrado, debido a las fallas del medio circundante y de la madre.

No se trata de un agente exterior evocador de una acción traumática el que ha generado tal estado. Para comprender esto es necesario pensar no en el trauma sino en que nada sucedió cuando habría conveniente que algo sucediera.⁽³⁴⁾

En esta agonía primitiva, en este vacío giramos alrededor de una falta que debe ser experimentada para que el yo la pueda integrar a su propia experiencia presente.

Cabe preguntarse si las formulaciones en términos de traumas precoces no arriesgan mantener y reforzar la fantasmagoría del paciente depresivo.

Es frecuente la tentativa de estos pacientes en poner de manifiesto el carácter temprano de sus padecimientos que esconde seguramente la necesidad de reprochar a los padres y muy especialmente a la madre, personaje central en el mundo depresivo.

La “realidad” traumática por más intensa que sea en su presentación siempre queda en el análisis sujeta a las necesarias transformaciones simbólicas que el mismo hace posible.

El paciente deprimido realiza férreas construcciones a punto de partida de evidencias más que probadas sumergiéndose de este modo en el vacío y la quietud de un pasado hipertrofiado que ocupa todas las dimensiones del psiquismo. Y es esta atadura a una memoria sin mañana un medio de capitalizar el objeto narcisista, guardarlo en una cripta personal sin salida.

Entre los factores desencadenantes de la depresión, sean estos cercanos o lejanos en el tiempo, podemos citar fracasos sentimentales o profesionales, duelos, separaciones, abandonos que hundan al sujeto en un estado de tristeza y vacío.

Es preciso hacer notar que los determinantes actuales por crueles que ellos sean resultan insuficientes para dar cuenta del desencadenamiento de la depresión ya que ellos mismos quedan sujetos a traumatismos precoces.

No es poco frecuente descubrir en la primera infancia una grave enfermedad, malformaciones congénitas o un traumatismo a nivel corporal (accidente) que han dejado sus huellas.

Asimismo la depresión materna manifiesta o encubierta, ya se trate del abandono real del niño o aquella otra que puede tomar la forma del “complejo de la madre muerta” descrito por Green.⁽¹⁶⁾

Las marcas dejadas por la edad, una enfermedad crónica o grave que altera seriamente la imagen narcisista de un cuerpo exento de debilidades pueden generar depresión.⁽²⁾

A menudo es posible notar que la fuerza del acontecimiento provocador de la depresión resulta desproporcionada en relación al derrumbe en el que queda bruscamente sumergido el sujeto. Hay que subrayar que ya se trate de situaciones triviales u otras de mayor complejidad en todos los casos la depresión está acompañada de un sentimiento de estar perdidos, condenados, en estado de impotencia y desamparo.

En un análisis más profundo se encuentra invariablemente la condición de que ciertas metas y objetos significativos para el sujeto logren sostenerse con fuerza: el deseo de ser digno de valoración, de aprecio, de amor. Y es exactamente la tensión entre estas aspiraciones narcisísticamente cargadas, por un lado, y la incapacidad y desamparo (real o imaginario) del yo de alcanzar estas metas, por otro, que provoca el sufrimiento específico de la depresión.

Aquello que está siempre en juego es el vínculo con un objeto idealizado que imposible de mantenerse, deja al descubierto con toda crudeza la fuerza de los ideales y las satisfacciones que su cumplimiento trae aparejado.

La construcción de la depresión

A) Narcisismo y autoestima

El narcisismo plantea variados y complejos problemas. Nos detendremos en aquellos aspectos del narcisismo que poseen un papel relevante en la génesis de la depresión.

Cuando Freud establece las diferencias entre un duelo normal y la melancolía plantea que en esta última el objeto perdido había sido elegido de acuerdo con el tipo de elección narcisista de objeto. Esta se caracteriza porque en ella el objeto tiene una semejanza con el yo que lo elige, o sea que la elección se hace a imagen y semejanza del yo. Pero también Freud afirma en la misma página que las mujeres aman y hacen

elección de objeto según el tipo narcisista, es decir, qué eligen como objeto sexual a los que las convierten en su ideal.

Entonces podemos decir que la elección narcisista de objeto comprende tanto aquella elección que se realizó a imagen y semejanza del yo como la plasmada de modo de elevar la autoestima y la completud.

Según Freud el sentimiento de autoestima proviene de diversas fuentes; una es primaria: el residuo del narcisismo infantil, otra procede de la omnipotencia corroborada por la experiencia (cumplimiento del ideal del yo) y satisfacción de la libido de objeto.⁽⁹⁾

Los aspectos más primarios de la autoestima parecen depender de un quantum de realización actual del narcisismo infantil, de una organización de la forma de vida que en algún sentido continúa siendo, aún adulto, His Majesty the Baby.

Estos residuos del narcisismo infantil primario infantil señalan un déficit en la represión³ y por lo tanto en la construcción del ideal El ideal exige la sublimación pero no puede imponerla. Su existencia depende de la represión.

En el cumplimiento del Ideal del Yo se remarca la importancia de la confirmación a través de la experiencia. Una experiencia determinada sirve como testigo de que se ha cumplido con la satisfacción narcisista en el Ideal del Yo,

En las fuentes señaladas parece existir una contradicción que Freud no logra resolver acabadamente, entre la idea de que la carga de un objeto empobrece al yo y, por lo tanto, disminuye su autoestima, y la idea opuesta, o sea que, a través de la relación con un objeto externo (enamoramiento) o interno (ideal del yo) esa carga perdida retorna al yo. Una hipótesis es puramente económica: la libido que carga a un objeto abandona

³. Las relaciones entre las formaciones ideales, los mecanismos de defensa y las diferentes vicisitudes pulsionales merecen un estudio aparte y detallado. Brevemente diremos la importancia de considerar la cuestión de quién y en función de qué motivos se pone en marcha la represión.

En el 1914 Freud adscribe a las tendencias morales y estéticas del yo el impulso de la represión, “podemos decir que aquel que reprime, rechazante, ha establecido en él un ideal con respecto al cual mide su yo actual. La formación del ideal será para el yo la condición de la represión”. Es decir, se reprime para mantener aseguradas las condiciones narcisistas del yo.

El “El yo y el Ello” Freud le asignará a la formación ideal del yo Superyó la represión el complejo de Edipo. En “Inhibición, Síntoma y Angustia plantea que el yo reprime, inhibe la exigencia pulsional del Ello por mandato del superyó, bajo amenaza de castración.

necesariamente al yo y, como la carga de libido yoica es la que mantiene la autoestima ésta debe necesariamente disminuir.

La otra hipótesis más de tipo dinámico estructural sostiene que la autoestima no depende de una carga, sino de *un sentimiento*, ya sea de ser amado o de cumplir con una condición impuesta primero por los padres y luego por una instancia que los representa intrapsíquicamente cuya aprobación es el factor determinante del aumento del sentimiento de autoestima.⁴

Para la construcción de la depresión nos interesa subrayar como la “estima que merécela imagen que uno tiene de sí es construida en la intersubjetividad.

El niño en tanto depende de sus objetos de amor se identifica con la imagen valorada que le viene de otro y pasa a valorarse. En “Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci” Freud escribe al respecto: “un hombre que ha sido el favorito indiscutido de su madre conserva durante toda su vida el sentimiento de un conquistador, esa confianza en el éxito que a menudo lleva al éxito real”.⁽⁸⁾

Aquel niño que no se siente estimado y reconocido por su madre resultará dañado a nivel de su propia estima.

La ausencia del padre no sólo en la estructura psíquica de la madre sino en la realidad incide en los movimientos identificatorios y agravan la vulnerabilidad narcisista del niño.

Dado que la autoestima se eleva a través de un aporte narcisista que le viene del exterior estos pacientes se ven completamente ligados a otras personas para lograr conservar su amor propio y solo obtienen sensación de seguridad cuando se sienten sostenidos y alentados en sus propósitos cualquiera sean estos.

La percepción que tengan de si mismos va a depender enteramente de la aprobación o desaprobación que encuentren. Tienen mucho de niños que luego de la conmoción de su narcisismo primario solo encuentran afirmación en una dependencia a sus objetos de amor.

⁴. Los aspectos estructurales fueron tomando mayor importancia en el pensamiento freudiano y así podemos ver en “El yo y el Ello” a la autoestima depender de la aprobación o desaprobación del Superyó.

Dada la fuerte adherencia narcisista a sus objetos sus vínculos son de tipo pasivo narcisista y resulta asombroso verlos como no se cansan de procurar el favor y las demostraciones del amor al objeto con una sutileza enorme.

Este modo de conducirse no solo vale para sus aspiraciones sexuales sino que proceden conducen exactamente en la misma forma en sus relaciones de fin inhibido, sublimado.

Hay que tomar en cuenta que merced a aspiraciones ideales elevadas ocultan una ambición tenaz, debilidad yoica e inmoderadas exigencias narcisistas.

Buscan amparo y cariño pero los deseos libidinales están mezclados con tendencias agresivas consecuencia de sus reacciones a los desengaños. De este modo se configura un círculo repetido una y otra vez: ansias desmedidas que no pueden complacerse, desengaño, rabia y agresión.

En general se dan poco cuenta de su actitud seductora como posteriormente de la transformación o de la viscosidad con la que se adhieren sádicamente a sus objetos. Entonces, no es sorprendente verlos reaccionar con amarga violencia a la amenaza de una retirada del amor, o vivir como una tremenda injusticia un abandono.

B) El predominio del yo ideal narcisista

Freud habla alternada y simultáneamente de yo ideal, ideal del yo y superyó y los psicoanalistas se preguntan si se trata de términos diferentes o de ideas diferentes.

Las denominaciones freudianas han pasado por tres etapas. En “Introducción al Narcisismo” (1914) solamente emplea las expresiones de Idealich (yo ideal) y das (el ideal del yo) donde parece tener en vista un solo concepto del que se destaca su valor estructural.

En “El yo y el Ello” (1923) introduce un término nuevo, das Ueberich (el superyó) sin renunciar ni al yo ideal ni al ideal del yo.

En las “Nuevas conferencias” (1933) Freud habla del ideal del yo como de una función del superyó situándolo de este modo sobre el mismo plano que la censura y la introspección, sin hacer una estructura diferente del superyó.

Como conclusión tenemos que Freud no hizo distinción explícita en el empleo de los tres términos, mientras que en sus sucesores poco a poco se establecían distinciones.

El yo ideal es colocado más bien del lado de una idealización de la omnipotencia del yo: un yo idealizado, un yo llevado al máximo de su omnipotencia.⁽³⁾

El yo ideal sería *cierto avalar del yo*, transformado, metabolizado en ideal. Se trata del señuelo de esta omnipotencia infantil perpetuada en esta forma idealizada que es el yo ideal.⁽²³⁾

Por el contrario, el ideal del yo aparece como algo que se ubicaría frente al yo como su ideal, más ligado a los problemas de la ley y la ética.

En cuanto al superyó (1923) es para Freud heredero del complejo de Edipo lo cual se encuentra explicitado en numerosos textos (1921, 1923, 1924, 1932).

El niño al renunciar a sus deseos edípicos marcados por la prohibición transforma las cargas *sobre* sus padres en identificaciones *a los* padres interiorizando la prohibición.

Fue la consideración de los delirios de observación de la melancolía y del duelo patológico lo que llevó a Freud a diferenciar dentro de la personalidad, como una parte del yo erigida contra otra, un superyó que adquiere para el sujeto valor de modelo y función de juez.

Esta instancia la distingue primeramente en el 1914 como un sistema que comprende dos estructuras parciales: el ideal del yo propiamente dicho y la instancia crítica.

Tomado en sentido amplio el concepto de superyó tal como aparece mencionado por primera vez en “El yo y el ello” comprende funciones de prohibición e ideal.

Si mantenemos una subestructura particular, el ideal del yo, entonces el superyó aparece principalmente como una instancia que encarna una ley y prohíbe su trasgresión.

La posición en cuanto al sexo depende de la misma instancia a la cual se enlaza la norma y como lo remarca Laplanche, el superyó edípico tiene ante todo una función en la elección de la posición sexual del sujeto.⁽²³⁾

El niño no tiene otra posibilidad, en un principio, que ser-en-el-otro, es decir, ser a través de otro que no es él. Gran parte del yo se modifica gracias a este proceso de adoptar miméticamente los atributos idealizados del objeto.

El reconocimiento del objeto encuentra su origen en el desvalimiento primario del niño y, por lo tanto, en su dependencia del otro. Es en este lugar esencial donde se sitúa la formación del Ideal, proyección sobre el objeto que permite al yo impotente sobrevivir.

El niño perpetúa la relación con su madre pero de un modo desdoblado a través de una proyección masiva idealizante. Este yo ideal posee un papel compensador ya que se opone en lo imaginario a la pérdida del objeto y será según Rosolato no más que una sombra tomada del objeto.⁽²⁷⁾

Se trata de una identificación con una madre infinitamente más grande, más vigorosa, que posee la fuerza de hacer todo aquello que no está en la medida del niño. Imagen narcisista que conserva el recuerdo no solo de lo que ha sido sino de lo que habría querido ser en un pasado magnificado.

Así permanece para el adulto una imagen narcisista que tendería a compensar en la generación futura las insatisfacciones de los padres.

Cabría una pregunta en relación a si es posible dar al yo ideal el carácter de una formación inconciente diferente y relativamente autónoma del superyó.

Freud sin plantear explícitamente el problema le dio una respuesta negativa. El sentimiento del valor del yo depende a la vez de los aportes que recibe del narcisismo primario, del ideal del yo y de las relaciones objétales. De ese modo para Freud el yo ideal quedaría incluido dentro del orden superyó-ideal del yo.

Pero autores como Nunberg⁽²²⁾ el yo ideal es una formación cuya autonomía relativa está establecida por sus orígenes (narcisismo primario, unión del yo con el ello), por una persistencia latente, por sus repeticiones patológicas.

Desde esta perspectiva el yo ideal es la expresión estructural del narcisismo de la omnipotencia.

Una integración completa del yo ideal en el ideal del yo se encuentra raramente realizada de una manera absoluta y permanente, constituye un modelo ideal al cual ciertos casos se aproximan.

El yo ideal pone en juego el narcisismo o la tensión entre el yo y una imagen narcisísticamente hipertrofiada de sí mismo.

Los sentimientos de inferioridad deberían ser situados más del lado del yo ideal y los sentimientos de culpa o insuficiencia moral, del lado del ideal del yo.

En la inferioridad habría una suerte de tensión interna (la misma que Lacan designa como yo-ideal-yo).

En la culpabilidad el sujeto sufre por no ser conforme al ideal del yo en la medida que la expectativa de los otros ha devenido su propia expectativa. Se trata, entonces, de una expectativa interiorizada.

Si el narcisismo y la idealización del yo extraen su existencia de la relación con el otro, las aspiraciones del yo ideal son también el resultado de una identificación, en este caso no tanto con la autoridad sino con la omnipotencia materna.

A lo largo de la travesía identificatoria entre las identificaciones primarias que conforman el yo ideal y las identificaciones secundarias que confluyen en el ideal del yo existe un proceso de elaboración progresiva.

Lo aguardado es que el yo ideal primitivo progrese a lo largo de la infancia a través de una serie de transformaciones sucesivas posibilitando el reemplazo de antiguos reclamos narcisistas por ideales más acabados.

Las tendencias edípicas reconocidas como peligrosas desde el Complejo de Castración serán sofocadas por represión. Una parte de estos investimentos edípicos estará sepultada en el inconciente mientras que otra parte sufre una transformación pasando a formar parte del superyó por el camino de las identificaciones secundarias. Y será por esta vía que toman lugar en el ideal del yo no tanto los caracteres del padre real sino la función paterna, la que representa la legalidad cultural, presente en el conocido doble mandato: Así (como el padre) debe ser y Así (como el padre) no te es lícito ser, esto es, no puedes hacer todo lo que el hace, muchas cosas le están reservadas (1923). Doble aspecto de la instancia ideal, sin que una de las caras sea designada como ideal del yo y la otra como superyó.

Se trata dice Laplanche de dos series igualmente imperativas, la serie de los mandatos y la serie de las prohibiciones; la de los mandatos estaría indudablemente más cerca de la idealización (modelo).

¿Por qué el depresivo mantiene un proceder de afirmación narcisista y cómo dar cuenta del mismo?

Es importante que la realidad ofrezca suficiente amor, es decir, que las exigencias de los padres en el orden de la valoración escolar, deportiva, social no sean desmedidos, de modo de lograr sentir aliento al ser queridos independientemente de sus logros.

Cuanto más narcisistas sean estos padres más inclinados estarán a tomar en sus hijos el reemplazo del ideal que viene a llenar el vacío dejado por el perdido narcisismo infantil.

Los ideales pragmáticos no deberán ser los únicos propuestos al niño, en una sociedad como la nuestra donde los principios éticos resultan menos imperiosos enfrentados al dogma del éxito.

¿Cómo entender que sujetos ante la misma imposibilidad de cumplir con las aspiraciones propuestas algunos de ellos logren aceptar la situación mientras que el depresivo se “hunde” en una sensación de vacío y desesperanza?.

Si un sujeto que se siente carente de capacidad, inteligencia o ciertos atractivos que lo convirtieran en alguien pasible de ser querido, llega a deprimirse ello es posible en tanto dichas condiciones de amor fueron construidas como *ideales de perfección*.

Ahora, es posible pensar que junto a la perfección y omnipotencia conviven otros aspectos donde la valoración es mínima. A un yo megalomaniaco corresponde momentos o posiciones micromaniacas que permiten dar cuenta del todo o nada del deprimido narcisísticamente.

En función de ello autores como Stanley y Whitman⁽²⁹⁾ denominan como negativo del yo ideal a “aquella estructura intrapsíquica producto de la introyección de los aspectos negativos de los padres...

...una intensa vergüenza y humillación sucede cuando el sujeto se aproxima al negativo del yo ideal.”

Esto implica que todo alejamiento del ideal de perfección narcisista produce sensaciones de intensa desvalorización ya que se es el yo ideal o, por el contrario, se es el negativo del yo ideal. Todo esto producto del funcionamiento con una lógica binaria como bien señala Bleichmar.⁽⁴⁾

Es bastante común comprobar como toda situación que los expone a mostrarse en lo que hacen, en cómo se desempeñan, etc., puede lograr sumergir a estos pacientes en

verdaderas parálisis fruto de la comparación entre el ideal que aspiran y la imperfección inherente a toda realización.

Aquello que más los desespera es tener que renunciar a la plenitud de su omnipotencia infantil. Esto sería distinto al proceso descrito por Freud acerca de los que fracasan ante el éxito por culpas pues allí se trataría de indignidad moral que difiere de lo aquí planteado.

El niño adquiere una identidad que en gran medida le es ajena ya que se estructura en torno a pautas, deseos y normas que proviene de sus padres. Y ese niño intentará satisfacer deseos que considera propios sin darse cuenta que estos no son más que un simple reflejo de los deseos de los padres.

El yo ideal operaría con categorías absolutas: presente-ausente; todo o nada; bueno-malo alejadas de la situación edifica, lo que si sucede con la instancia del ideal del yo.

Es conocido el lugar privilegiado que se le otorga en muchos trabajos *a la severidad y el sadismo del superyó en los pacientes depresivos*.

Freud de modo de dar cuenta de este sadismo apelaba a la hipótesis de una desmezcla pulsional por la que se liberaban grandes cantidades de pulsión de muerte que inundaba el psiquismo. Hoy en día las fuentes en las que se alimenta el sadismo del superyó generan discrepancias entre los analistas.

Freud remitía su origen a la pulsión de muerte (1937) pero también destacaba como su surgimiento podía entenderse como respuesta a la agresión y severidad paterna (1933).

Freud destacó el hecho de que los padres habitualmente forman a sus hijos siguiendo pautas marcadas por sus ideales: Así el superyó no se edifica sobre el modelo de sus progenitores sino sobre el superyó de ellos, se llena con el mismo contenido, deviene portador de la tradición, de todas las valoraciones perdurables que se ha reproducido por este camino a lo largo de las generaciones.⁽¹¹⁾

Existen indicios en algunos pasajes de textos freudianos de que el “sepultamiento del edipo” le resultaba insuficiente para dar cuenta de forma acabada de los orígenes del superyó.

Citemos algunos: “Esto nos reconduce a la génesis del ideal del yo, pues tras este se esconde la identificación primera, y de mayor valencia, del individuo: la identificación

con el padre de la prehistoria personal. A la primera vista, no parece el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto”.⁽¹²⁾

Desde esta perspectiva el superyó del niño se ligaría a identificaciones primarias narcisistas, “anteriores a cualquier carga de objeto”.

Es estas épocas tempranas el niño tiene como único camino para salir su desvalimiento tomar las pautas que provienen de los padres desde el lugar de ideal narcisista, como encarnación de completud, perfección y omnipotencia.

Aquellos padres fuertemente narcisistas les será muy difícil no ofrecerse ellos mismos como ideal absoluto manteniendo de ese modo al hijo dependiente de un objeto idealizado al que jamás se logra alcanzar, con su inevitable correlato de persecución y condena.

Muchas veces asistimos en el curso de un análisis a actuaciones destructivas y autodestructivas las que vislumbramos como encubriendo una depresión contenida.

Pensar teóricamente estos actos como la expresión de una identificación primaria narcisista con aspectos crueles de los padres tendrá inevitables consecuencias sobre nuestra práctica que se abre así a un lento y doloroso trabajo sobre aquellos restos embrionarios que, fallidamente procesados claman, de este modo, por subjetivarse.

No quisiéramos concluir sin subrayar la llamativa frecuencia de las depresiones desde hace ya largos años.

La existencia de un imperativo desde el cual no es posible fallar sin ser desacreditado no tolera las imágenes que obstaculicen sus ideales de perfección, de fuerza y juventud.

El sufrimiento, la vejez y la muerte se transforman en insoportables.

El progreso constante de las ideologías pragmáticas, las diversas formas que toma el rechazo al conocimiento amenazan con sumergir al humanismo de la civilización judeo-cristiana. Todo ello tiende a favorecer la multiplicidad de las formas depresivas que nos enfrentan a la difícil disyuntiva de ser dioses omnipotentes o poseer un escaso valor.

Bibliografía

1. ABRAHAM, K. (1911). Notas sobre la investigación y tratamiento psicoanalíticos de la locura maníaco-depresiva y condiciones asociadas. En: Psicoanálisis clínico. B.A.: Hormé, 1959.
2. ACEVEDO DE MENDILAHARSU, S. (1985). Las depresiones de la edad media de la vida. **Rev. Urug. Psiq.** 50: p. 175.
3. ASSOUN, P. L. (1983). Freud aux prises avec l'ideal. **Nouv. Rev. Psychan.** 27: p. 85-123.
4. BLEICHMAR, H. (1976). **La depresión: un estudio psicoanalítico.** Buenos Aires: Nueva Visión.
5. DE GREGORIO, J. (1977). Ich/ideal ich-ideal. **Rev. Psicoan.** 34(3), p 569-600.
6. FREUD, S. (1892-94). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. **A.E.** 1.
7. _____ (1895). Proyecto de Psicología. **A.E.** 1.
- g. _____ (1910). Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. **A.E.** 11. Pág.68.
9. _____ (1914). Introducción al narcisismo. **A.E.** 14.
10. _____ (1915). Duelo y melancolía. **A.E.** 14. Pág. 243.
11. _____ (1917). Conferencias de introducción al Psicoanálisis. **A.E.** 16.
12. _____ (1923). El Yo y el Ello. **A.E.** 19. Pág. 33.
13. GARBARINO, H. (1986). Estudios sobre el narcisismo. Montevideo: APU.
14. GARCA, J. (1993). El narcisismo en la neurosis. En: Neurosis hoy. VIII Jornadas científicas abiertas, 24-26 set. 1993. Montevideo: APU.
15. GÓMEZ MANGO, E. (1985). El migrante y sus signos. **Rev. Psicoter. Psicoan.** 1(4): p. 81-91.

16. GREEN, A. (1980). La madre muerta. En: **Narcisismo de vida, narcisismo de muerte**. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
17. JACOBSON, E. (1948). Efectos del desengaño temprano en la formación del yo y el superyó en el desarrollo normal y depresivo. En **“La Depresión”**. Amorrortu
18. KLEIN, M. (1934). **Una contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos**. Buenos Aires: Hormé.
19. _____ (1959). **Sobre el sentimiento de soledad**. Buenos Aires: Hormé. pág. 158.
20. KRISTEVA, J. (1987). *Soleil noir: depression et melancolie*. París: Gallimard.
21. LACAN, J. (1959-1960). Introducción de la cosa. En: **El Seminario de Jacques Lacan: libro 7: la ética del psicoanálisis**. Buenos Aires: Paidós, 1988.
22. LAGACHE, D. (1961). El psicoanálisis y la estructura de la personalidad. **Rev. Urug. Psicoan.** 10(1/2); 1968: p. 99-150.
23. LAPLANCHE J. (1980). **Problemática 1: la angustia**. B.A.: Amorrortu. 1972-1975.
24. MASCIANGELO, P. (1989). Sur la “nostalgie sans objet”. **Rev Franç. Psychan.** 53(1): p. 211-213.
25. MENDILAHARSU, C.; ACEVEDO DE MENDILAHARSU, S. (1987). Melancolía y depresión. **Rev. Urug. Psicoan.** 66: p. 39-56.
26. RADO, S. (1948). El problema de la melancolía. En: **Psicoanálisis de la Melancolía**. APA 1948.
27. ROSOLATO, G. (1977). El eje narcisista de las depresiones. En: **Psicopatología de la perversión**. Buenos Aires: Imago.
28. SCHKOLNIK, F. (1995). Lo arcaico en la neurosis. En: Lo arcaico, temporalidad e historización. IX Jornadas psicoanalíticas, 01-03 set. 1995. Montevideo: APU.
29. STANLEY, M.K.; WHITMAN, R.M. (1965). The negative ego-ideal. **Int. J. Psych. Anal.** 46: p. 183-187.
30. TOROK, M. (1978). *Maladie du deuil et fantasme du cadavre exquis*. En: **L'écorce et le noyau** / N. Abraham. Paris: Aubier.

31. URIARTE, C. (1994). El objeto y su pérdida: acerca de la depresión en las neurosis. En: Neurosis hoy. VIII Jornadas científicas abiertas, 24-26 set. 1993. Montevideo: APU.
32. _____ (1995). Las impresiones de infancia y su historización. En: Lo arcaico temporalidad e historización. IX Jornadas psicoanalíticas, 01-03 set 1995. Montevideo: APU.
33. _____ (1996). Recuerdo, imagen, alucinación. Presentado a: Interpretación-hecho, imagen y relato. 2o. Coloquio de Colonia, 18-20 oct 1996 Pág. 4 Inedia 34.
- WINNICOTT, D. (1974). Temor al derrumbe. **Psicoan.** 4 (2): 1982, P. 269-280

